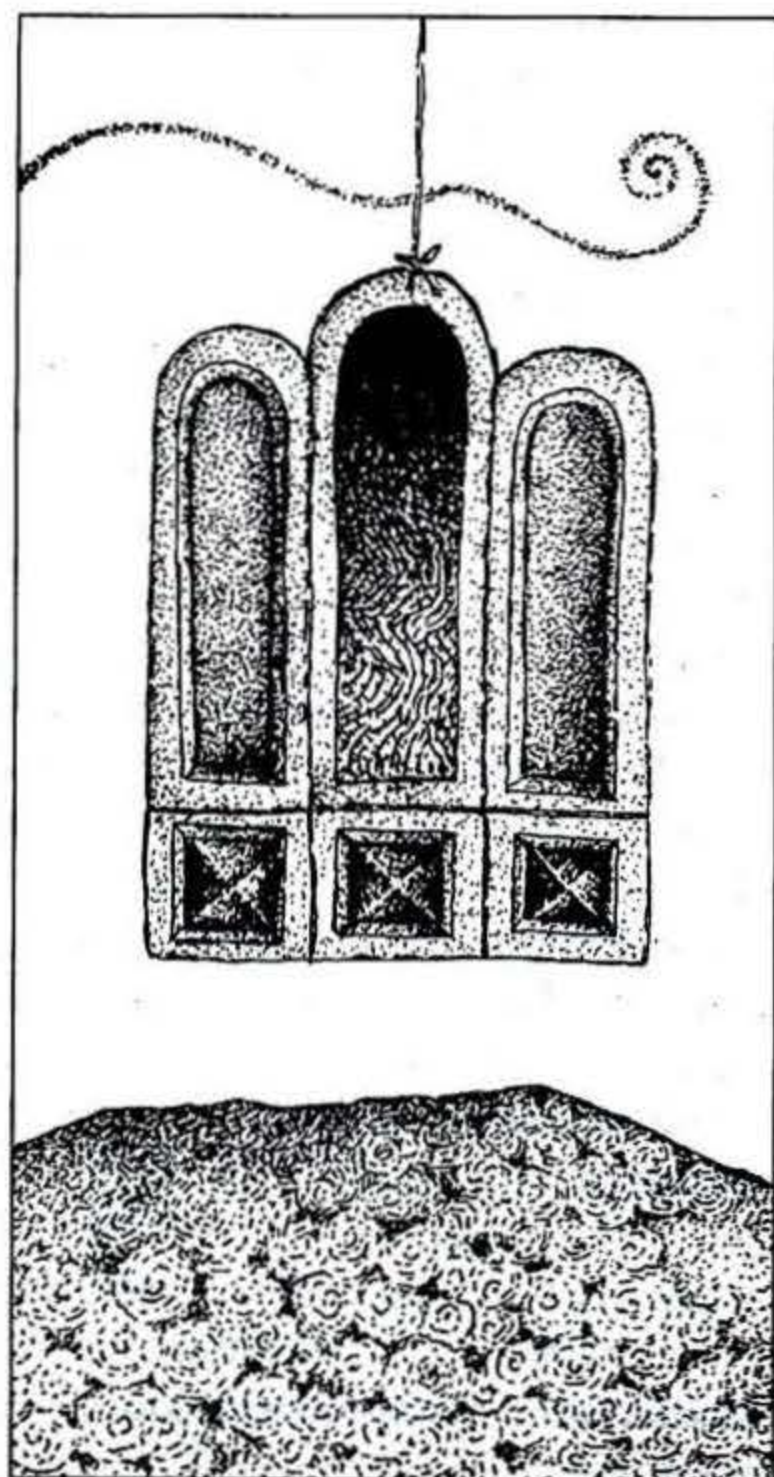


apelativo "holliwoodesca" se puede calificar la narración *Altagracia, desde el último encuentro en que nos vimos...* (págs. 225-274). Tiene por escenario hoteles cinco estrellas (sobre todo las cercanías de la piscina del Hotel Sheraton), aviones, autopistas, interior de carros lujosos y de *jeeps*, haciendas; por protagonistas a un cineasta (Sebastián Moreno), desde todo punto de vista atractivo (casado, apuesto y con dinero), una joven reportera de revista femenina (Penélope, "por los muchos pretendientes", pág. 231) y una eterna pero esquiva enamorada (Altagracia). La situación es sencilla: Sebastián ve en Penélope a la Altagracia, que veinte años atrás le confiara su cuerpo, y detiene la entrevista para ir a buscarla, aunque se encuentra a miles de kilómetros. Altagracia, que también estaba pensando en su amado de toda la vida, sorpresivamente lo llama para decirle dónde vive. Se reencuentran, vuelve a vivir su pasión juvenil y finalmente cada uno toma su camino. De regreso al Sheraton, "Sebastián pensó en llamar de larga distancia a Estefanía [su esposa] y decirle algo por el estilo de 'Vida mía, aquí cambian tan poco las cosas; tengo algo extraño que contarte...' pero concluyó que no valía la pena" (pág. 273).



Reconstrucción de la época modernista es *Anagramas de costumbrismo descarriado* (págs. 275-306), centrado en la familia de Miguel Antonio Oliveros, conocido en los círculos literarios internacionales como *Armand Gris* y contemporáneo de Miguel Antonio Caro. La obra poética de este conocedor de Baudelaire, Verlaine, Anatole France, Coleridge, Rubén Darío, se reduce a un juego verbal prolífico y peripatético que, por razones del destino, se perdió para la historia de la literatura colombiana en el naufragio del Titanic, barco en el que viajaba el gris escritor en compañía de su esposa.

Jonás (págs. 157-182) es un cuento magistral y se inscribe, por la precisión en el manejo de los elementos de la historia y la riqueza expresiva, en la antología del género hispanoamericano al lado de *Sur*, *El guardaguasas*, *Mister Taylor*, *Nos han dado la tierra*, *El ahogado más hermoso del mundo*, *La noche de Mantequilla*. Este cuento de Hoyos no solamente narra; entretiene, dialoga con el lector, porque mantiene el efecto, la incógnita, de que hablara Cortázar, desde el comienzo de la historia hasta el fin. Y esto, gracias a la construcción de un espacio armonioso con la temática del cuento. La invención de Hoyos es milimétrica: el pueblo se llama Agualinda, por estar frente al mar y servir de refugio a aquellos individuos al margen de la ley. Está situado en el límite de la frontera de dos países caribeños. La casa más importante es un bar casino llamado *Así es la vida*, propiedad de Magdaleno Lecuona, a donde llegan cinco habituales jugadores: Lacordaire Alphonse, de Martinica o de Guadalupe, "comerciante sin fronteras" (pág. 160); Nazario Tabares, "de ancestro probablemente gitano", "vivía del comercio de pieles" (pág. 160); Regino Maculet, del altiplano, "viejo mecánico de parque de diversiones" (pág. 166); Carlos Bonitto, El Brasileño, socio de Tabares, y John Salvisher, gringo, "un marrano fino, el de lazo de tafetán y chicharrón tierno" (pág. 158). La noche de que nos habla la historia, llegó un forastero, Jonás, a quien muchos atribuyeron la mala suerte. El narrador, identificable al parecer con el forastero, nos informa reiterada-

mente que el gringo estaba apesadumbrado durante el juego; y esto, sumado a la confianza de los experimentados opositores, nos da a entender que esta noche también perderá una fuerte suma; pero la sorpresa acontece cuando el gringo gana una de las más grandes apuestas que se habían hecho en muchos años, dejando a sus contrincantes en la ruina. Recoge el dinero y se despide. Pasados unos meses nadie vuelve a saber de él, hasta que llega la noticia esperada: se accidentó con su avioneta en el mar, bajo los efectos de algún alucinógeno. Sólo entonces se comprende que "el marrano fino" buscaba, antes de morir, en *La noche de la reina envenenada*, como la bautizaron los perdedores, la revancha de su vida. No jugaba por codicia, como Tabares y Bonitto, sino por satisfacción, la satisfacción de ser un ganador, sabiendo que toda su vida había sido un perdedor.

Con *Los viudos (y otros cuentos)* Andrés Hoyos demuestra ser ya una realidad en la narrativa colombiana, que ya no promete, sino que enseña las dotes de una prosa trabajada, sin adocenamientos, y alimentada por la expresión popular, que no se cierra en localismos o regionalismos y más bien se abre metafóricamente a la comprensión de cualquier hispanohablante. El éxito de estos relatos, sin duda, radica en la lectura certera de una realidad tan convulsionada como la nuestra.

SELNICH VIVAS HURTADO

La nostalgia del fuego

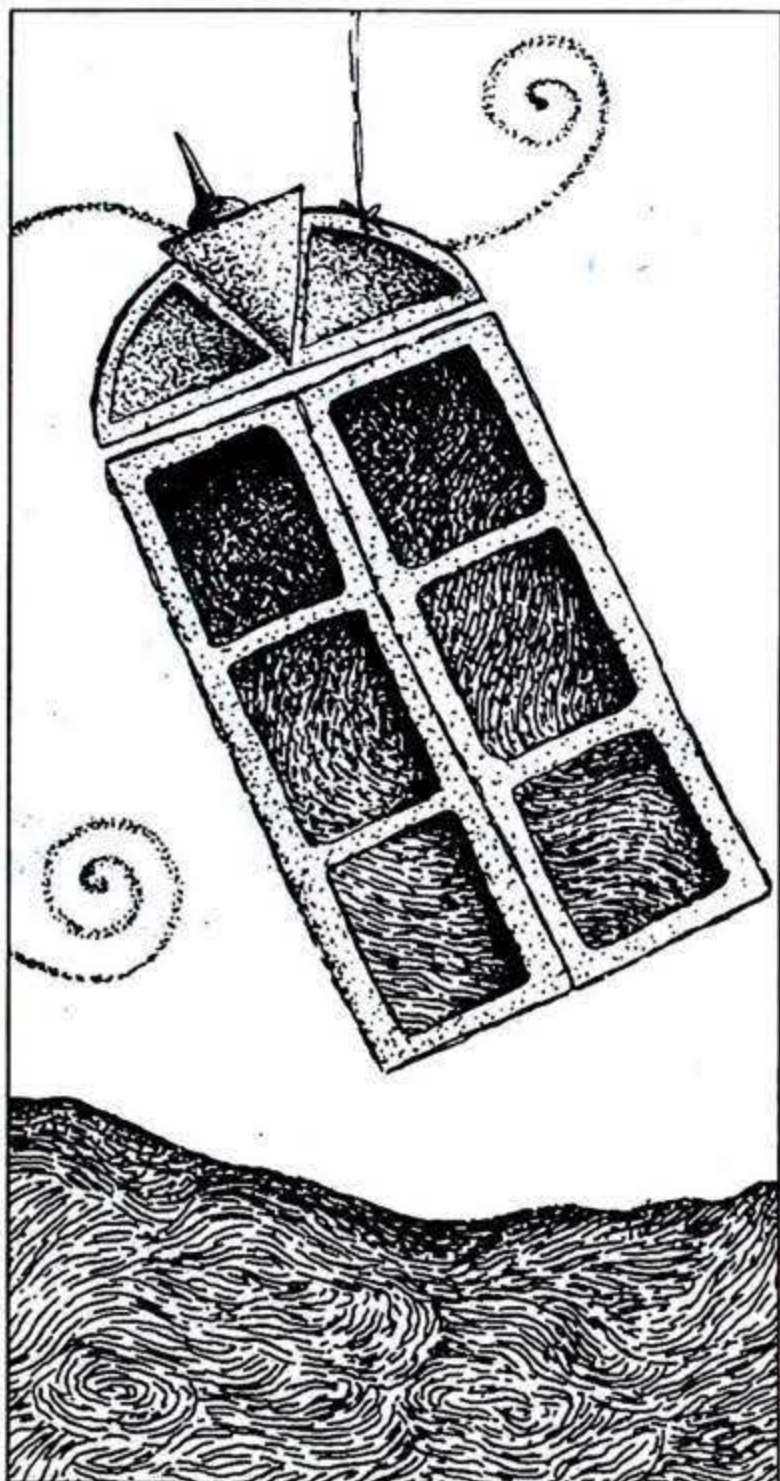
La tonina enamorada
(leyendas de los piapocos y emberás)

Mariana Avilán H.

Cooperativa Editorial Magisterio, Santafé de Bogotá, 1995, 133 págs.

Colombia no es solamente el territorio que se extiende en las riberas del río Magdalena, ni las cuatro ciudades desde las que habitualmente se propaga la información sobre los hechos cotidianos que los noticieros consideran como

los más relevantes del país. Colombia tampoco es Santafé de Bogotá ni las conmociones socioeconómicas que sacuden esta urbe y cuyas ondas irradian, en forma circular y cada vez más espaciada, hasta Bocas de Ceniza, Buenaventura o el piedemonte llanero.



Existe otra Colombia que, acaso calladamente, incide de manera más importante de lo que se piensa en los destinos del país. Es la Colombia del Pacífico, la Colombia de los Llanos Orientales y la Colombia amazónica.

Tendríamos, acaso, que buscar las claves de lo que sucede actualmente en nuestro país en esos territorios olvidados durante tanto tiempo por el Estado.

Y para empezar esa búsqueda, sólo para empezar, pero con pie derecho y firme, sugerimos que nos detengamos un tanto en las narraciones que integran *La tonina enamorada*, libro que recrea historias fundacionales de los indígenas emberás, y piapocos, quienes habitan, respectivamente, algunas zonas de la región del pacífico y los márgenes del río Guaviare, entre los departamentos de Guainía y Vichada.

Mariana Avilán ha recogido leyendas y mitos de las ciudades etnias, que son como un llamado a reencontrarnos

con la naturaleza, ahora que, para bien y aunque siguiendo los lineamientos de los países poderosos, hemos comenzado a preocuparnos por el equilibrio ambiental.

Frutas y animales, así como fenómenos físicos (el agua, el fuego, la noche, las estrellas) y misterios como el origen de la humanidad, el amor y la inevitable muerte, son tratados en estas narraciones con la espontaneidad y la belleza poética propia de esta clase de relatos.

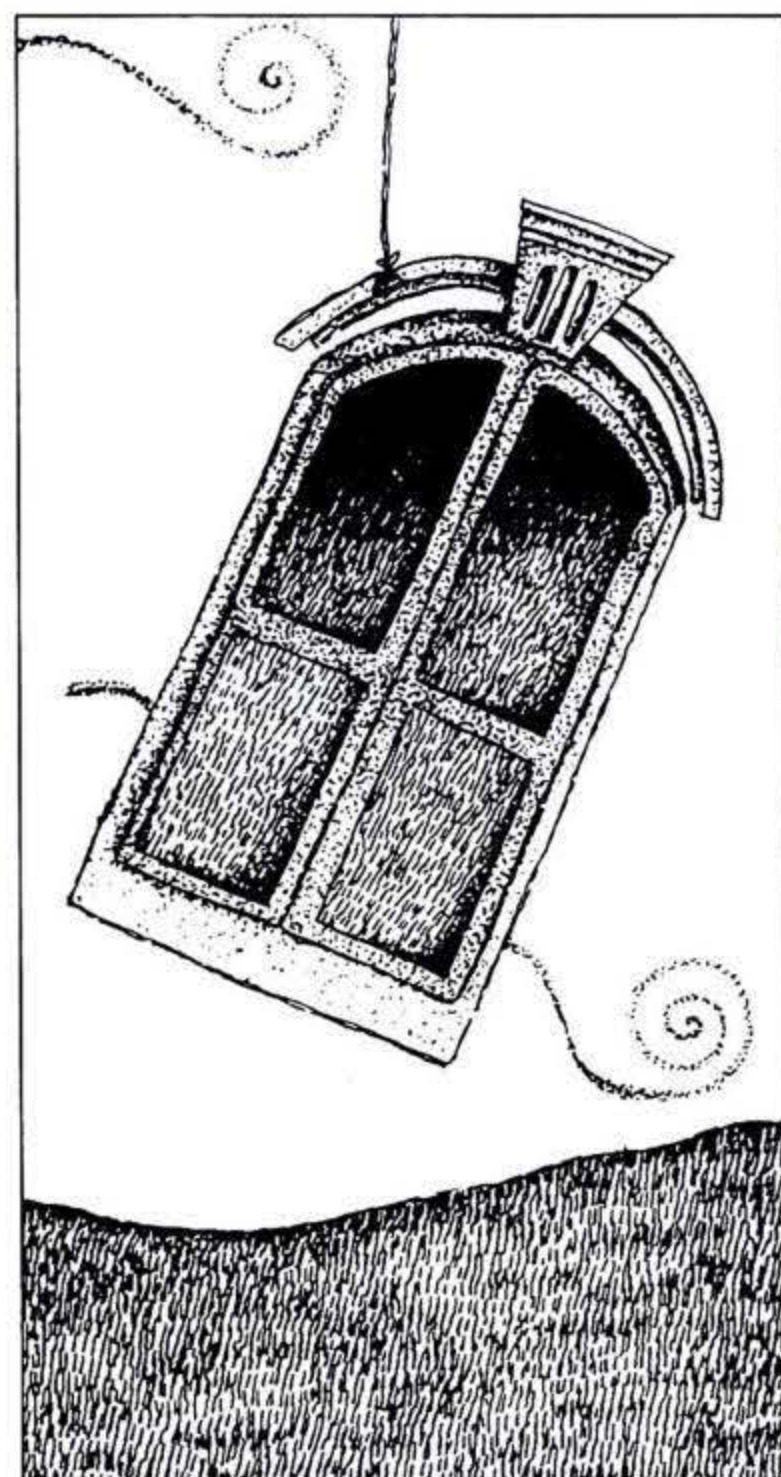
De los 22 textos que forman este libro, dividido por la autora en tres partes —a saber: “La historia de Kutzikutzi y otros relatos” (diez historias de los piapocos), “Los relatos de Floresmiro” (nueve historias de los emberás) y “La tonina enamorada” (tres cuentos de Mariana Avilán)—, algunos, como ya se ha dicho, se destacan por su belleza poética, como *La noche*, relato piapoco que narra el origen de las tinieblas y su carácter necesario para que los seres humanos puedan ordenar sus horas de trabajo y de descanso:

*Yapiriku se daba cuenta de que
/la luz permanente
no dejaba crecer las plantas y
/[...] que la gente
se sentía cansada y con sueño y
/no sabía a qué
hora salir a pescar, a cazar o a
/trabajar... [pág. 44].*

En otros textos es más sobresaliente el sentido pedagógico y moralizante, como las historias en las que se ridiculiza la fuerza del tigre y se reivindica, a la vez, la astucia de animales como el perro y el guatín, o como aquélla en la que la bella hija del dios Kuwai escoge como esposo al feo pero mañoso lagarto (*La hija de Kuwai*), o esa otra en la que el mismo Kuwai convierte en piedra al goloso Zamareri (*Hay muchos peces en el río*).

También hay cabida para el humor, del que es particular ejemplo el texto *Los osos*, donde se deja al lector en ascuas mediante el viejo truco de la expectativa frustrada.

Así mismo, el relato fantástico se hace presente en *Un mal presagio*, maravillosa historia de un hombre de dos cabezas que, al deshacerse de una de ellas, da origen al ave que presagia la muerte de los hombres:



Cuando la cabeza despertó ya estaba en el suelo y de sus orejas brotaron dos alas y su cabello se convirtió en plumas y voló a la rama de un árbol desde donde habló:

—Ya no van a volver a verme, pero sí me van a oír... mi canto ayee... aye... aye... presagia una muerte dolorosa... mi canto jelu... jelu... presagia una muerte tranquila... [pág. 64].

Con respecto a los tres cuentos finales, escritos por Mariana Avilán, cabe decir que en ellos la gran sacrificada es la literatura, pues se nota más el afán de pedagogía ecológica —válido, ciertamente— en pro de animales como la tonina (o delfín rosado) y el oso de anteojos, y se pierde la espontaneidad que caracteriza a los relatos propiamente indígenas. Además, en esta última sección de la obra se encuentran algunos errores de redacción que no sabemos si achacar a la autora o al editor.

Con todo, como hemos expresado al comienzo, vale la pena asomarse a ese otro mundo nuestro, tan cercano, y a la vez tan lejano, para evocar la importancia de lo natural y lo primitivo; para redescubrir aquella armonía perdida, aque-

lla nostalgia por "el fulgor del fuego" que destacara Borges como uno de los dones que nos diera esa manifestación de la divinidad llamada naturaleza.

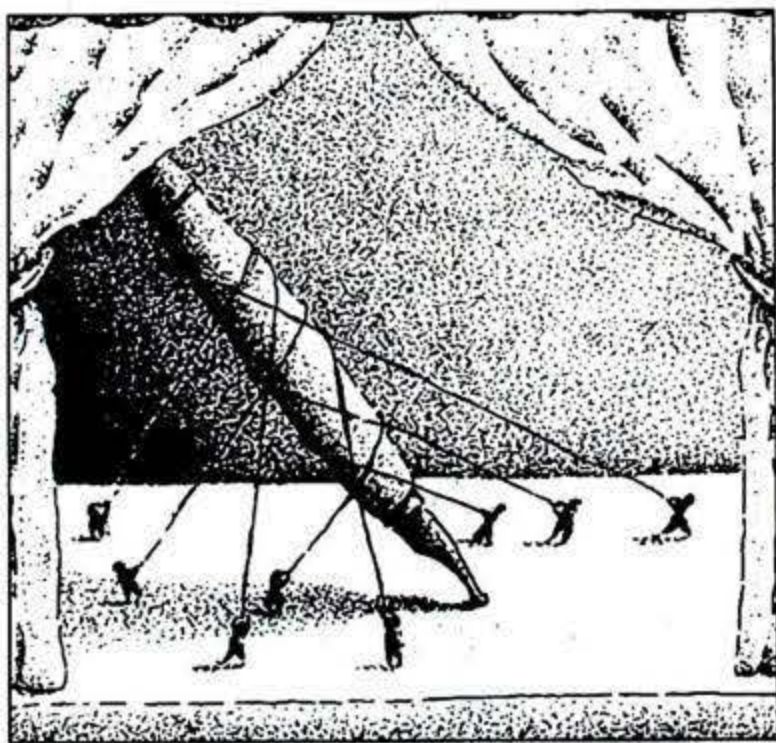
ANTONIO SILVERA ARENAS

Una gran duda acerca de la calidad del cuento en Colombia

Variaciones

Adalberto Agudelo Duque
Tercer Mundo Editores, Santafé de Bogotá, 1995, 93 págs.

Con el libro *Variaciones*, Adalberto Agudelo Duque (Manizales, 1943) obtuvo el premio nacional de cuento concedido por Colcultura en 1994, siendo jurados Luis Fayad, Marco Tulio Aguilera Garramuño y Nicolás Suescún.



El título del libro no dice casi nada, hasta tanto no hayan sido leídas sus ochenta y seis páginas. En ocho capítulos transcurre una sola historia. Ocho variaciones en torno al tema de una huelga estudiantil en una ciudad de provincia del país. El autor prescinde de cualquier identificación en tal sentido y, así, no encontramos el nombre de la ciudad, ni del país, ni siquiera de los varios personajes allí relacionados.

En un nivel parejo y sostenido, los capítulos sortean distintos argumentos narrativos, guiados todo el tiempo por una narrador omnisciente, excepto el

primero, en el cual el protagonista nos introduce ya en el tema, teniendo por interlocutor a su "llavecita", al que suponemos otro estudiante, pero que no aparece sino por dicha alusión.

Allí se intercalan el diálogo, el monólogo, la narración desde afuera, y hasta el guión de una película entra a formar parte del entramado, por la extraña coincidencia con la situación de los personajes, víctima y victimario.

Aunque tampoco se habla de fechas, esta historia puede situarse en los años setenta, decenio en el cual se presentaron en el país muchas huelgas, paros, manifestaciones y hechos políticos como el que nos narra el autor de *Variaciones*.

Un activo estudiante pelirrojo desempeña un papel protagónico en las protestas por el cierre caprichoso a que quieren someter la universidad quienes ostentan el poder. Él dirige, arenga y es gran tirador de piedra no sólo contra los soldados antimotines, sino también contra vidrieras de almacenes y bancos. Las protestas habían tomado gran arraigo en las gentes del pueblo y esto hace que la administración redoble el ejército represor. De allí aparece un oscuro personaje, un policía con mando, quien rápidamente identifica al pelirrojo como uno de los líderes y comienza a tramitar un fatal desenlace: la justa —piensa— requiere un héroe sacrificado, un mártir, un chivo expiatorio. Selectivo, elige su víctima.

Tiempo atrás, este personaje sufrió una grave experiencia a expensas de un gato que le marcó la cara para siempre surcándole allí una gran cicatriz. Él había querido jugar un poco con algunos amigos y había encostado e incendiado al animal para vengarse de él y "dejar escarnio" a los demás gatos del barrio, porque éste era un ladrón de su casa, acostumbrado a llevarse, siempre, su porción de carne. Herido de muerte en su rodante llamarada, el gato, como conducido por el diablo, pudo atacar a su malévolos agresor en el momento final, saltándole al rostro.

Era, pues, un hombre duro y frío, sin sentimientos.

El muchacho, hijo pobre de una casa pobre, había sido marcado por la vida para la rebeldía. Su padre guardó siempre la tristeza de su propia frustración,

a pesar de haber sido un incansable carpintero ebanista. Siendo aún niño, a su hijo le tocó sufrir la definitiva humillación de ir a cobrarle a un hombre rico, quien se negó desafiante a pagar un hermoso comedor que recientemente el padre le había entregado.



Estos dos aspectos, que sin duda nos revelan la verosimilitud de los personajes, son entregados por el autor sin evidenciar en ello un marcado interés y, más bien, aparecen como parte del desarrollo y evolución de la historia.

El hilo conductor (las manifestaciones estudiantiles) nos conduce hasta el momento final y presentado por el lector que, además, había sido anunciado desde el principio: la ejecución del muchacho a manos del policía. Pero allí no terminó la historia. A ese capítulo le seguirán aún dos más: la agobiada personalidad del padre y el funeral de su hijo asesinado.

Se cierra el ciclo de esta parte de la historia, pero "la lucha continúa", no cesan las protestas, a pesar del toque de queda decretado, y al lector le resta la imaginación (o la realidad) para presumir la continuidad sugerida por el autor.

En estos dos capítulos existe la mayor recursividad en el lenguaje, dándoles un tono poético (la conversación con su padre del alma del muchacho muerto), de gran desolación, que, desafortunadamente, se ve menoscabado por una inclemente reiteración, al borde de la lástima, de la desgraciada condición de los dos personajes, cruzados por la pobreza y el oprobio.